



Texto de interés divulgado por la Fundación José Antonio Primo de Rivera

Sobre dos personales de la última Transición política española: Apuntaciones en torno a Jesús Polanco y Gabriel Cisneros¹.

Antonio Castro Villacañas²

Alguien se ha preguntado, en un artículo exaltador de la figura de Jesús Polanco, nacido en 1929, «cuáles serían los arquetipos tomados (por él) como modelo en aquella desgarrada y empobrecida España recién salida de la Guerra Civil, espectadora de un pavoroso conflicto mundial y asfixiada por el nacional-catolicismo construido al alimón por la dictadura y por la Iglesia». La respuesta es sencilla. Los mismos que adoptó Gabriel Cisneros, nacido en 1941 y muerto pocos días después de que falleciera el emperador de los medios de comunicación pública. Ambos tenían en común una duradera admiración moral por José Antonio Primo de Rivera, nacida del deseo de emular su figura como lógica consecuencia de la educación de los sentimientos por ambos recibida en el Frente de Juventudes durante su infancia y adolescencia, y por ambos puesta en práctica en la primera parte de su vida para superar las pruebas que complicaban o dificultaban su respectiva existencia.

Esa capacidad de admiración moral fue con toda seguridad la principal escuela en que desde los 10 a los 20 años se formaron los rasgos fundamentales de su carácter, que se fue afianzando a lo largo de su vida, y el repertorio de las virtudes que orientaron su comportamiento humano.

Tengo para mí que el mensaje joseantoniano mejor recibido por Jesús Polanco y Gabriel Cisneros fue el dejado en su testamento por el Fundador de la Falange al expresar su deseo de que ojala fuera su muerte la última producida en España a causa de enfrentamientos políticos. Estoy en condiciones de afirmar que ello fue así durante el largo tiempo en que ambos fueron amigos y camaradas míos dentro de la Falange, y quiero pensar en que tal huella pervivió en su alma cuando primero Jesús y años después Gabriel dejaron tal hermandad por otras que les proporcionaron más ventajas y provechos.

A mitad de los años 60 Polanco, y Cisneros a mediados de los 70, de diferente manera y por distintos cauces abandonaron sus anteriores patrones de excelencia moral y adoptaron otros totalmente alejados a los que guiaron su pasado. Me consta que Jesús siguió durante bastante tiempo los pasos de Dionisio Ridruejo en búsqueda de una República Social-Demócrata. La muerte del poeta falangista le dejó sin inmediato referente político y humano, me han dicho estos días algunos amigos mutuos al comentar los coros superangélicos que han cantado en torno a su cadáver. Según ellos, a partir de la muerte de Dionisio su ideología fue el puro poder, el poder que le proporcionaban los medios de comunicación social que por diversos caminos llegaron a sus manos. Nada se hacía en ellos sin su previo conocimiento e inmediato consentimiento, en un autoritarismo sin ideología o, si se prefiere, con la única ideología del poder por el poder, esa que donde se instala produce al mismo tiempo previsibilidad, orden y ausencia de crítica, rasgos característicos del imperio Polanco.

Cisneros siguió una trayectoria diferente, porque la primera parte de su larga carrera política –desde los 20 a los 34 años– la hizo dentro del franquismo, en comunidad de servicio con cuantos como él procedían del Frente de Juventudes y por eso no estaban conformes con el modo de interpretar España y la Falange que tenían quienes también eran franquistas pero de muy contrapuestas y diferentes procedencias. Ello motivó que no durase mucho al frente de la nueva Delegación Nacional de la Juventud, donde impulsó la Organización Juvenil Española para reemplazar las Falanges Juveniles de Franco, en un inteligente intento de asegurar la continuidad de lo básico por medio de convenientes reformas parciales.

¹ Artículo originariamente publicado en el nº 376 de la Gaceta digital “El Risco de la Nava”, bajo el título “Apuntaciones en torno a Jesús Polanco y Gabriel Cisneros”.

² Periodista y escritor.



Texto de interés divulgado por la Fundación José Antonio Primo de Rivera

Su inquietud política le llevó después a formar parte de la redacción de *Pueblo*, el diario de la tarde donde Emilio Romero reunió las mejores o más lucidas firmas políticas y literarias de aquellos tiempos, movidas todas por el noble afán de abrirle nuevas perspectivas a España. En *Pueblo* descubrió Gabriel Cisneros la importancia del Parlamento, y sus crónicas de aquellas Cortes están llenas de agudas observaciones sobre el aceptado presente y el futuro deseable. Por aquella época, poco antes de que ganara las oposiciones al Cuerpo Técnico-Administrativo del Estado que le llevarían a trabajar en la Presidencia del Gobierno, fue cuando yo le conocí directamente, como uno más del puñado de estudiantes y trabajadores que desde diferentes puestos procuraban instalar en el franquismo la idea de que éste no podría subsistir tras la muerte de Franco.

Futuros historiadores, superando las muy deficientes visiones del franquismo hasta ahora publicadas, les dirán a los españoles interesados en este tema que el régimen de Franco no fue nunca, en sus 40 años de duración, ni un bloque monolítico ideológico ni un monolítico sistema operativo. A lo largo del tiempo, el franquismo fue una especie de orquesta integrada por varios instrumentistas de diversa calidad, que la batuta de Franco permitía o hacía sonar con más o menos frecuencia e intensidad en razón de lo que las circunstancias demandaban, no por fidelidad a lo que la partitura decía. En esa orquesta, uno de los más sonoros y vistosos instrumentos era la Secretaría General del Movimiento, pero junto a él y a otros de igual relieve había otro no menos eficaz para el concierto aunque salvo excepciones casi siempre no produjera el menor ruido...

Algún día cualquier serio estudioso del franquismo contará lo que hizo y lo que impidió o dificultó se hiciera la Presidencia del Gobierno, sobre todo en la larga etapa que estuvo bajo el mando de Carrero Blanco. Ese mismo autor, u otro más inquieto, puede ser que se atreva a contar cuanto de oscuro, erróneo y mezquino ha habido tras las puertas de los varios servicios de información que creó y mantuvo la citada Presidencia, en teoría para mejor servir y defender a España y al Régimen... Pero esas son historias que casi nada tienen que ver con las personas objeto de estas apuntaciones.

En Presidencia del Gobierno aprendió Gabriel Cisneros que el objetivo último de cuantos franquistas estaban allí instalados no era tanto el de afianzar y validar el posible «franquismo después de Franco» como el de consolidar la Monarquía que Franco había instaurado, lo que suponía el liberarla lo más posible y cuanto antes de los compromisos por ella contraídos con Franco a fin de posibilitar y garantizar su vuelta a España. Lo que diferenciaba a los franquistas entre sí no era, por tanto, el objetivo último sino el procedimiento para lograrlo y el coste político y social de tal logro.

No entra en mis propósitos el estudiar aquí las más que posibles diferencias existentes entre Jesús Polanco y Gabriel Cisneros en 1974, año en que éste escribió para Carlos Arias el discurso anunciador del «espíritu de febrero» con que el sucesor del asesinado Carrero Blanco pretendía impregnar toda la inevitable evolución política del franquismo, como tampoco creo útil resaltar ahora la escisión que tal espíritu provocó entre los franquistas, quisieranlo o no el autor del discurso y quien lo pronunciara. No me parece oportuno tampoco resaltar las abundantes coincidencias entre los citados antiguos camaradas respecto a la actitud a tomar tanto individual como colectivamente a medida que se acercara la muerte de Franco y una vez este falleciera. De distintas formas lo han hecho cuantos han honrado con sus favorables opiniones las figuras de Gabriel, el político, y de Jesús, el negociante y capitalista.

Uno y otro, en diversa medida y desde diferentes ángulos, contribuyeron de forma decisiva a que la Monarquía de Juan Carlos I no fuera la católica, social y representativa querida por Franco, sino la democrática, indiferente, partidista y parlamentaria que hoy disfrutamos. Por eso, aunque en términos generales hago míos cuantos elogios se han escrito o pronunciado en favor de la parte humana de quienes fueron mis camaradas, los dedicados a su actividad política me dejan frío, pues me parecen todos ellos más dedicados a exaltar y consolidar la operación sociopolítica llamada «transición» que a honrar la figura de las dos personas fallecidas recientemente.



Texto de interés divulgado por la Fundación José Antonio Primo de Rivera

Situados en este plano, me siento obligado a hacer en público discrepancias y reproches que en privado he venido haciendo a Jesús y Gabriel a lo largo de los últimos treinta años. El primero y fundamental es que la por mí llamada «tra(ns)ición» no tuvo nada de popular y democrática, pues por mucho que se empeñen sus partidarios y beneficiarios no vino ni se hizo a petición del pueblo y con directa participación suya.

La verdad es que en la España franquista no hubo, ni siquiera en sus últimos años, ninguna reivindicación popular de cualquier clase de Monarquía democrática. Tampoco se pidió nunca en forma mayoritaria que se hiciera borrón y cuenta nueva respecto del Reino que había proyectado e iniciado Franco. El derrumbe del franquismo, su calculada y minuciosa extinción, fue consecuencia de un golpe de Estado dibujado y llevado a cabo desde las salas y despachos de dos o tres palacios. Algún mandamás puso en marcha la operación que acabó con el Estado franquista. Primero se rompió el dúo Movimiento y Sindicatos, que constituía la espina dorsal de aquel régimen, como muy bien sabían Torcuato y Adolfo Suárez, no digamos Gabriel Cisneros a través de la protectora sombra de su padre... Luego se jugó con la tradicional fidelidad del Ejército a su Mando para irle despojando de su pasado, hasta convertirlo en el único ejército del mundo que a lo largo de la Historia y por la simple obediencia a sus superiores ha perdido una guerra cuarenta años después de haberla ganado. Del franquismo anterior a la muerte de Franco sólo queda en pie –hablo a nivel de instancias políticas– el viejo y misterioso servicio secreto que puso y pone mucho más interés y afán en los asuntos internos que en los exteriores...

El pueblo español votó afirmativamente una Ley de Reforma Política. Nadie le sometió nunca un proyecto de Ruptura o Transformación. Por eso, confiando en la buena fe de sus dirigentes, eligió en «la primera convocatoria libre de esta democracia para designar senadores y diputados», a las personas previamente escogidas por la oligarquía dominante para llevar a cabo la farsa consistente en transformar en Cortes Constituyentes las que no fueron nunca convocadas para semejante tarea. El gobierno presidido por Adolfo Suárez dispuso –como estaba previsto, como se había organizado– de la mayoría necesaria para llevar a cabo su propósito: distanciar y diferenciar lo más posible del franquismo a la monarquía del rey Juan Carlos.

En esta tarea de ruptura «democrática» intervinieron de modo decisivo tanto Cisneros como Polanco, éste por medio de su periódico, aquél como miembro de la ponencia encargada de preparar el proyecto de la tan deseada Constitución. Ambos han recibido por ello justos y numerosos elogios de cuantos han comentado sus muertes. Los dos cumplieron a la perfección su papel, aunque en honor del periodista conviene anotar que él no había jurado tantas veces como el político defender el régimen de Franco. No puedo analizar aquí y ahora el proceso de redacción sufrido por el texto de nuestra actual Ley de Leyes, pero sí creo oportuno puntualizar que la mayor parte de su articulado se aprobó por el Secretario General adjunto del PSOE y el Vicepresidente del Gobierno en el atilillo de un restaurante situado frente al Estadio «Santiago Bernabeu» antes de que lo redactaran los «padres de la Patria» ahora glorificados.

Bien. La Constitución es lo que es, y mi antiguo amigo y camarada Gabriel Cisneros estaba muy contento de haber contribuido a redactarla y aprobarla, según nos dijo hace ocho meses a una cuarentena de viejos contestatarios en su primera asistencia a la reunión que anualmente venimos teniendo en recuerdo de José Antonio Primo de Rivera –desde 1978– un grupo de tan insatisfechos como defraudados. También nos dijo esa noche que estaba preocupado por los continuos, duros e insidiosos ataques que de muy diversas partes se venían produciendo en favor de la reforma de nuestra Suprema Norma política, cuando era evidente que esta Constitución había proporcionado a España la mejor situación social, política y económica de su historia en los últimos doscientos años...

Yo le contesté entonces que nadie podía negar, sin faltar a la verdad, que de 1978 para acá España –y una buena porción de españoles– habían mejorado mucho en cuanto se refiere a sus condiciones materiales de existencia, pero que también era cierto y nadie debía desconocer que en ese mismo periodo de tiempo se habían incrementado también muchísimo los índices reveladores de una peor



Texto de interés divulgado por la Fundación José Antonio Primo de Rivera

situación moral, pues tanto la prostitución como el consumo de drogas, el número de delincuentes y delitos, la violencia de género, la corrupción pública, el desnivel educativo o la distancia entre ricos y pobres, por ejemplo, habían crecido más de lo deseable...

La reunión terminó poco después sin que Cisneros me replicara, en razón de que otras personas también hicieron uso de la palabra y con ella motivaron que el polémico político pudiera escoger los términos y los destinatarios de sus respuestas. Sentí mucho el no haberle podido decir entonces lo que no tengo más remedio que exponer ahora si quiero cumplir con el deber de perfilar su posición política y la mía.

Llegados aquí, reitero las alabanzas y reconocimientos que se han dicho o escrito sobre tales figuras: su inteligencia y brillantez son conocidas y valoradas por todos los que tuvieron oportunidad de tratarles. Añado para Gabriel una mención a su fácil pluma y su cálida palabra, y para los dos su gran condición humana, un alto sentido de la amistad y de los profundos valores familiares. Sumo, por último, su hombría de bien, su altura de miras, su valentía y dignidad, su fortaleza y discreción, su pasión política, etc.

Dicho esto, ha llegado el momento de considerar si su obra política merece algunos reproches. Yo les anoto tres fundamentales.

El primero es el de haber contribuido en forma muy notable a crear y difundir la idea de que nuestra «santa transición» fue y sigue siendo una estupenda operación democrática. No hay nada menos verdadero.

La monarquía recién instaurada por Franco inició su despegue y alejamiento del franquismo antes de que su instaurador muriera, y lo aceleró y radicalizó poco después de terminado el luto oficial por quien hizo posible que don Juan Carlos reinara. La verdad es que la inmensa mayoría del pueblo español creyó siempre, hasta poco después del primer gobierno «democrático» de Adolfo Suárez, que éste –siguiendo instrucciones de su rey– estaba «reformando» el franquismo para «ponerlo al día y adaptarlo a las exigencias del mundo occidental». Nunca pensó que estaba rompiéndolo, deshaciéndolo, enterrándolo... Por eso, en cuanto pudo le pasó la correspondiente factura a quien podía pagarla. La democrática puesta en la puta calle de Adolfo Suárez y sus muchachos no tiene otra posible explicación. No se conoce en la historia política de todo el mundo un castigo semejante. Si UCD y Adolfo, a las órdenes de Juan Carlos I, hubieran hecho lo que les pedía el pueblo español, éste no les habría expulsado de la escena pública. Tan tremenda patada en el culo sólo se entiende viéndola como una adecuada respuesta pública a lo que desde antes de 1975, y sobre todo a partir de esa fecha, se había estado urdiendo en covachuelas y despachos. La «santa transición», repito, no fue nunca una justa respuesta a peticiones populares, por la sencilla razón de que nunca las hubo de modo público y notorio, salvo las muy minoritarias que alentaban y protegían los grupos de acción secreta dependientes de la Presidencia del Gobierno. La «tra(ns)ición democrática», tan alabada por los exaltadores de Gabriel y Jesús, en realidad fue, a mi juicio, un «golpe de Estado» palaciego. Las elecciones de 1977, como el referéndum de 1978 y las elecciones de 1979, estuvieron manipuladas desde antes de su convocatoria hasta mucho después de su recuento y resultado público. Lo saben, lo han sabido siempre, cuantos de algún modo intervinieron en tales operaciones «democráticas». Lo supieron desde siempre Jesús y Gabriel: desde el primer día de la conjura hasta el día de sus respectivas muertes. De ahí que a ambos les reproche el no haber denunciado nunca la farsa en que participaron desde distintos ángulos y con diferentes responsabilidades.

Hemos leído y escuchado estos días que tan famosos personajes merecen los máximos elogios por haber contribuido de forma relevante, el uno como emperador de la comunicación, el otro como parlamentario muy destacado, en la redacción, defensa y diaria apología de la Constitución de 1978, todavía vigente, ya que dicho texto –según ellos y sus aduladores– es pieza básica y consustancial de la España democrática, de modo que ésta no existiría sin ella. Precisamente de esta aseveración arranca mi segundo reproche, puesto que parece evidente, casi no necesita explicación ni defensa, que España es una realidad vital desde hace más de mil años, compartida y protagonizada por muy distintas generaciones de españoles, cada una de las cuales la ha hecho y vivido con mejor o peor suerte dentro



Texto de interés divulgado por la Fundación José Antonio Primo de Rivera

de las circunstancias de su tiempo, lo que vale tanto como decir que sólo a partir de 1808 puede hablarse en serio de que una de esas circunstancias sea la existencia de una Constitución o norma suprema de organización de la convivencia española. Desde tal año y hasta nuestros días, los españoles hemos ido viviendo sin Constitución o con ellas, pues antes de la actual existieron otras de diversa índole, lo que demuestra una verdad fundamental: España es algo muy anterior y muy superior a cualquier texto jurídico y político, de manera que todos ellos –desde el primero hasta el último– se justifican tan solo en cuanto sirvan o valgan para consolidar y mejorar la simple convivencia de los españoles, y dejan de ser útiles o válidos cuando por cualquier circunstancia debiliten, empeoren o rompan esa convivencia. Es una falacia, por tanto, el decir y mantener que la Constitución de 1978 (u otra cualquiera) crea y garantiza la España del siglo XXI, pues con igual o mayor razón puede defenderse que en ella se encuentran las raíces de cuanto desde dicho año pone en peligro la existencia de nuestra Patria y la pacífica convivencia de los españoles.

Reprocho a Jesús y Gabriel, mis antiguos camaradas y amigos, y sobre todo a cuantos han utilizado sus cadáveres para defender la «santa transición» de la vieja «España dictatorial» a la «nueva y democrática España», no el haber intentado hacer una España mejor que la regida por Franco, sino el defender a ultranza que la Constitución de 1978 se hizo de modo ejemplar, democráticamente hablando, y que por ello supera a todas las anteriores y es en sí misma insuperable. No es verdad que la Constitución vigente pueda presumir de haber sido engendrada del mejor modo posible, pues tiene el inicial reparo de que ningún español eligió a sus redactores y validadores para tal tarea, y el inmediato de haber sido escrita y pactada tras largas y oscuras negociaciones secretas... (Mejor que ella era, por ejemplo y en cuanto se refiere a la básica unidad nacional, la republicana Constitución de 1931, que hubiera debido ser democráticamente reinstaurada tras la muerte de Franco si de verdad España –como tantas veces se ha dicho– hubiera sido radicalmente antifranquista antes y después de 1975.) Una de las mayores tachas de la vigente Constitución es que fue redactada para organizar la convivencia de quienes habían protagonizado una muy dura guerra civil y la de cuantos vivieron una difícil, prolongada y cálida posguerra, pero con la especial circunstancia de que los organizadores y dirigentes de la oscura trama posfranquista eligieron para esa tarea a tres claros representantes de otras tantas organizaciones que participaron en dicha guerra, y la perdieron, y a cuatro no menos declarados representantes de dos organizaciones que no la habían ganado ni perdido por la sencilla razón de no haber participado en ella. Y es que las Cortes autoproclamadas constituyentes se eligieron con sumo cuidado por quienes maniobraban la «santa transición democrática», de manera que –por ejemplo– tuvieran presencia en ella personalidades tan significativas como Santiago Carrillo y la Pasionaria, pero no José María Gil Robles, Raimundo Fernández Cuesta o Ramón Serrano Suñer, que contra ellos habían dialécticamente luchado antes, durante y después de nuestra guerra. La causa de tan evidente e injusta parcialidad quizás podamos encontrarla en que los tres hombres últimamente citados representan tres entendimientos –diferentes entre sí– de lo que debería ser una España democrática y socialcristiana, muy alejada –por distintas causas– de la prevista y patrocinada por quienes de antemano se habían elegido a sí mismos los «moiseses» de una prometida tierra nueva... Una nueva tierra y una nueva sociedad ha ya entrevisto el pueblo español desde que en 1978 logró alcanzar ese vértice político «ejemplar» o «único», según sus panegiristas, llamado Constitución. Una sociedad y una tierra únicas, ejemplares y nuevas, nuevas, nuevas... Tan nuevas, tan ejemplares, tan únicas, que en ellas se extiende más cada día el menosprecio público por la bandera y la lengua que son símbolos históricos y legales del Estado, de la convivencia nacional y de cualquier acción exterior destinada a hacer Patria.

Mi tercer y último reproche a la política realizada por Gabriel Cisneros y Jesús Polanco, cada cual a su modo y en sus respectivos ámbitos de influencia, se fundamenta en que a mi juicio tanto el uno como el otro alentaron con su silencio y tácita conformidad que a partir de 1975 hasta hoy se haya paulatinamente extendido la idea de que el franquismo fue el peor de todos los sistemas políticos posibles, conjunto de todos los males sin mezcla de bien alguno; que Franco fue un estúpido tirano fundamentalmente dedicado todo el tiempo a disfrutar y defender su personal poder; o que José Antonio debe ser tenido



Texto de interés divulgado por la Fundación José Antonio Primo de Rivera

como un precursor, inspirador o pieza esencial del franquismo, por lo que merece ser relegado –él y cuanto a él se refiere– a un cuarto o quinto plano de la historia y la escena pública...

En ninguno de los diversos componentes del imperio mediático polanquista se ha informado jamás con imparcialidad, no digamos con un simple ápice de simpatía o un mínimo de comprensión, sobre cualquier aspecto de la figura de Franco o del sistema político que él dirigió. En ninguno de ellos, a la hora de hacer «memoria histórica», se ha podido encontrar ni un sólo recuerdo de algo relacionado con Franco –sea persona, institución o cosa– que haya sido calificado de bueno o positivo. Nada: ni la recuperación de la Dama de Elche o la creación de la Orquesta Nacional de España, pongamos como ejemplo de realizaciones franquistas alejadas de la acción política. Todo en el polanquismo, desde los años 60 cuando menos, ha sido y es una tenaz y sectaria posición política antifranquista. Todo, claro está, salvo el aprovechar a su debido tiempo las posibilidades de hacer negocio y ganar dinero mediante personas, instituciones y medidas políticas franquistas...

La actitud de Gabriel Cisneros durante los treinta años anteriores a su muerte no difiere casi nada de la adoptada por una gran mayoría de los participantes en la «santa transición» procedentes del franquismo: al principio, convencidos de haber llegado la hora de mejorar la situación de España y de los españoles, aportaron todos sus esfuerzos y talentos a la tarea de consolidar la monarquía borbónica instaurada por Franco, seguros de que esa era la mejor forma de conservar cuanto de bueno existía en el franquismo y la de eliminar o corregir sus defectos; en un segundo momento, ya instalados en el sistema post-franquista, vieron que para poder continuar en él y llevar a cabo una positiva acción política, necesitaban acreditarse como «demócratas de veras» si querían estar al mismo nivel de «pureza política» que exhibían sus rivales, las personas procedentes del antifranquismo o pasadas a él poco antes e inmediatamente después de la muerte de Franco.

Aquí está la raíz de mi reproche, que no va contra la persona de Gabriel Cisneros sino contra la política realizada por cuantos como él han representado desde los últimos treinta y dos años a la parte de España que podemos considerar situada en la derecha de la escena política. Lo que yo reprocho a los dirigentes y representantes de UCD, CDS, AP y PP, pero nunca a sus militantes, adheridos, simpatizantes o electores, es que por miedo a ser tachados de fachas, franquistas, fascistas, o cualquier otro apelativo utilizado por la izquierda como arma denigratoria y ofensiva en cualquier nivel de la acción política, han venido protagonizando una doctrina y una actitud irresoluta, temerosa, pusilánime, achantada, apocada, acoquinada, tímida, miedosa, encogida, amilanada, medrosa...

Tres ejemplos de ello: 1) el ceder la jefatura de la policía autónoma vasca –reservada a un mando de la Guardia Civil en la norma que creó la ertzainza– tras el asesinato por ETA de su primer jefe; 2) el ceder y ceder ante los cotidianos y anticonstitucionales menosprecios que en Cataluña, Vasconia, Galicia se han hecho y se continúan haciendo a diario contra la lengua española y la bandera de España; y 3) el haber tolerado –y seguir tolerando– las crecientes ofensas a nuestra historia contemporánea.